

CHITRANGADA

(‘Chitrangada’ y ‘Ulopie’ constituyen dos versiones de un mismo poema de corte romántico cuya composición Sri Aurobindo inició a principios de siglo, pero no llegó a terminar. Nuestra versión, en prosa poética, se basa en el poema ‘Ulopie’ pero no recoge su introducción, que es una pieza totalmente al margen de la historia de Arjuna y Chitrangada pensada para una obra más amplia, y añade en cambio el bellissimo episodio de la muerte del rey de Manipur, que aparece sólo en el poema ‘Chitrangada’.)

Despertó la princesa Chitrangada en la ciudad de Manipur, entre las montañas de Oriente, y vio la aurora alzarse como el filo de un dañino presagio. Del abrazo de Arjuna desató sus miembros de suave rosa y suave blanco, y miró el mundo abierto ante sus ojos; mas todo era gris e informe. Entonces, golpeó su ánimo el espíritu de las lóbregas cumbres del Norte y cargó sus pechos con terror impidiendo a su corazón penetrar en sí en busca de una causa.

Y ahora oía el gemido de las aguas y recordaba el dolor.

Tristes profecías de astrólogos severos la hostigaron con inquietud y en el crepúsculo de la mañana halló pálidas señales de ausencia. Pero ahora el héroe sentía entre sus brazos el vacío y alzando una mano palpaba el oscuro lecho en busca de un rostro.

Luego, lento, pronunció su nombre:

“Chitrangada... ¿De qué modo te ha llamado, amor, el día aún no nacido que permaneces muda en la luz gris como alguien que hubiese perdido su felicidad en la distancia? Ven aquí”.

Silenciosa ella tornó. Se arrodilló junto a él y apoyó en su pecho su mejilla callada. Él sintió sus lágrimas, sorprendido.

“¿Me amas hasta el punto de que un breve momento de ausencia perturba tu corazón en sueños y te hace despertar vacío? Pero, oh Dios, ¡qué pronto será colmado ese vacío! Pues tú como un glorioso incendio correrás de ciudad en ciudad, una estrella que atraviesa las regiones de la tierra hermosa de Aryavertha, imprudente en tu fuerza heroica y luminosa. Las mujeres contemplarán tu rostro y de modo misterioso, repentino, se inclinarán a tus pies. Llegarás a ellas, oh gloria insensible que saquea los corazones de las hembras, como uno que arrancase del árbol las efímeras flores junto al camino mientras sonríe afable y radiante o como un dios que tomase a una doncella mortal entre sus brazos y maridase sus inmortales labios a los de ella. Y cuando el destino te alcance, ascenderás al cielo como un manantial de luz inmensa dejando atrás recuerdos de fuerza y fuego. Colmarás tu alma con batallas, tuyos serán augustos infortunios y tremendos dolores y éxtasis poderosos hasta que al fin, en famosos campos y lejanos, conquistarás para siempre o para siempre perderás un imperio. Y ni una sola vez habrás recordado este mi triste rostro”.

Cesó. Y fluyeron sus lágrimas. Él acarició su pelo.

“¿Qué meditabas, oh princesa, sola junto a la ventana mientras tus ojos contemplaban la figura aún no formada de las cosas entre la luz y las tinieblas? No vuelvas a hacerlo. Terrible es la hora que precede al amanecer y alguien que la espíe desde su dulce, humana, tibia, alegre cámara será sin duda alcanzado por recuerdos dolorosos que no podrá comprender, y una poderosa angustia sin forma y la sensación de la vastedad original y desolada y la tremenda labor de un triste mundo inacabado se apoderarán de él. No quieras estos compañeros. Cuando despiertes y veas deslizarse en la alcoba la pálida mirada de esta hora maldita, aprieta tu cuerpo contra mi pecho, despierta los besos y rodea tu alma de alegría hasta que Dios se levante con el sol. Amiga de los mortales y magnífica es la potente luz del astro, pero esta pálida hora pertenece a aquellos que lentos se dejan morir y cuyas frías almas solitarias son compañeras del gris y de sordos murmurios de enemistad”.

Mas Chitrangada respondía:

“He mirado a la aurora y a mí ha venido un sueño: Tú te habías ido lejos de mí; demasiado bien conozco el sonido de los cascos de tus potros cuando hollan el norte y los murmullos victoriosos de tu carro que retumban en los corazones distantes. Yo estaba sentada y sola junto a la pálida ventana y veía mi ciudad y nuestras bajas montañas amigas. Todo como objetos pintados sobre el ojo... y a mi alrededor se alzaban las oscuras sierras del norte con sus nieblas, triste morada de lluvias, y oía descender melancólicas las voces de unas aguas, una apagada e infortunada corriente sinuosa de remolinos ajenos al sol.

Que tú te irás lo sé. Y no te detendría aun si tuviese yo el poder; porque, aunque hoy sostenga tu pie mientras pasan las estaciones, el impulso de tu vida poderosa volverá a ti como un viento para llevarte lejos, al amor y a la batalla y a hazañas terribles y a la titánica angustia que este mundo reserva al vencedor. Has nacido para ello tan irresistiblemente como el leopardo para la fuerza y la feroz belleza y las mujeres para el amor, que aunque bien saben que es el dolor su fin deben amar. ¡Ah, vete pronto! ¿Por qué te demoras aún en vano? ¿Acaso se cumplirá el propósito divino en ti mientras te entretienes en suave raptó junto al corazón de una mujer? Quizás pase un momento brillante de tu vida mientras tanto y, una vez perdido, no quiera retornar”.

Calló ella y luchó en secreta conquista de sus lágrimas.

Silencioso él. Luego sus ojos caminaron sobre el rostro de Chitrangada, hacia poco frecuentados destellos.

“Mi niña que una vez fuiste feliz con sólo amar y sentir mi beso. Ahora gimes, transformada por la noche. No pensabas en dejar mis brazos antes de la aurora y soñar con la tristeza. Satisfecha estabas en mi abrazo y la pálida luz no hubiera podido forzarte a deshacer tu obstinado nudo de amor. Y ahora hablas ligera de ausencia. ¿Se ha debilitado mi amor? ¿Sientes, amada, mis brazos menos prietos en torno a ti? Sabes que no menos sino mucho más te amo que cuando llegué a la lejana Manipur de Oriente, un príncipe errante acompañado sólo por su espada y su coraje. Y te hallé aquí, dulce joven soberana, gobernando con ojos puros y pequeñas manos de criatura, mansas y frágiles, una nación fuerte y salvaje. A mi llamada acudiste sin pensarlo y dócilmente, dejando un tremendo trono y austeros poderes, contenta de sentarte a mis pies y sentir en tu melena mis besos. Renunciaste a tu cinturón real por mis brazos. Oh alma hermosa, cándido y dócil y franco

era tu amor abriéndose como las flores bajo los rayos, rindiendo todo tu ser. Pero ahora triste hablas como alguien maduro en el pensar y la pena”.

Cesó y ya cubría el pecho de Chitrangada con sus manos.

Ella tembló. Vacilante dejó fluir sus palabras:

“Interminables serán los momentos, las noches dolorosas cuando tú estés lejos. ¡Ay de mí y de la pálida y terrible aurora cuando despierte en la hora gris y me sepa sola para siempre! ¡Oh mi gozo y mi orgullo, príncipe, héroe, señor de la tierra, conquistador del mundo! En el cielo inmortales labios ardiendo han besado tus pies. Yo los poseí. Sabe Dios que te he amado y no con miserables y retraídas concesiones del alma, como aman las mujeres vulgares, sino con grandeza, caída y colmada a los pies de mi conquistador, caída de pronto como la templada primavera. Por eso alabo el sabio y presciente amor de mi padre, que me guardó del mundo para ti, inaccesible entre escarpados montes y cercada por bárbaras leyes inhóspitas. Alrededor de mi padre moribundo ardían las antorchas en fieras columnas y desde el rojo de las luces que partían las sombras en los muros nos contemplaban los pétreos rostros de severos dioses extraños a los arios. El mármol de la faz de mi padre me pareció sobrenatural en aquella danza de resplandores, como la de un ser ya ajeno a este mundo... y como surgidos de un sueño eran los portes de los señores de Manipur, pertrechados de armas inconcebibles, rudos, de rostros cetrinos y fieros, como los de los dioses a los que rinden culto. Inocente y sin temor, yo contemplaba con mirada atenta y grave la pompa bestial y la majestad salvaje de la última escena junto a mi sire muriente. A mi alrededor, se formó un círculo de hombres fuertes y feroces, altos y toscos como árboles o como firmes torres romas: una fortaleza humana amurallaba con su bárbara potencia mi futuro, un anillo de lanzas relucientes y celosas. A ellos me confió llamando a cada uno por su nombre, e hizo de sus corazones peldaños para que yo subiese al trono: cada nombre el eslabón de una magnífica cadena, un bastión en la muralla de mi ley; cada corazón morada de lealtad y sello fiel. Así quedaron ellos conciliados, así fue asegurada su estricta alianza. Habló mi padre y, aunque privado de su fuerza externa, su voz surgió clara como la de las trompetas que guían a la batalla:

“Guerreros de mi Oriente, tomad ahora esta tierna reina vuestra de blanco pecho, rodeadla con el cinturón de vuestra fuerza y guardadla de los ladrones del destino que acechan junto a la casa de los vivos para empobrecer el sentido de los dioses. Porque yo termino y la sombra cae. Ella es la rama de la que surgirán vuestros reyes, perpetuos. Guardadla bien para que el destino burlado no permita que usurpe sus días alguien menos valioso que la inconquistable semilla de los dioses. Oponeos a todo el que llegue a estas puertas, ya quiera forzar su entrada o entrar con maña para atrapar este dorado prohibido fruto de la Naturaleza. Cerrad filas y apretad vuestros broqueles para sumergir al invasor en la ola de vuestra potencia, sellad vuestros oídos y hacedlos sordos a toda piedad para que no os alcance el clamor del huésped, su llamada suplicante. Sólo aquel, amado de los Cielos y el Destino, que pase por encima de todo despreciando el reto del peligro y burlándose de la muerte para alcanzar este premio -ya sea que el clan de los Ixvacu haya dado un nuevo Rama o los Bhoja oigan hablar de su belleza y como cuervos se precipiten a estas tierras, ya sea de la estirpe de Vrishny o un cachorro de león de los que tienen su guarida en Hustina la soberbia y codician los dos mundos, brincando en la tierra conquistada para alcanzar el Cielo y doblar con la etérea corona del alma el orgullo de su vida”.

Y cerró sus ojos al aire de la tierra mientras caía sobre él el último silencio: no dijo nada más salvo el Gran Nombre... hasta que su espíritu se fue. Entonces, los grises señores olvidaron su calma salvaje. Un grito se alzó, `¡Reina nuestra!', y yo pasé de pecho a pecho, de abrazo a abrazo de bárbaro afecto. Todos se apiñaron a mi alrededor besándome pies y manos, repitiendo silenciosos juramentos de amor. Segura y sola en este mundo indomable, leal y salvaje, goberné con ley suave rudos corazones, una pequeña reina adorada... hasta que tú llegaste. Rumor y excitada alarma precedieron a las ruedas de tu carro. Derrota y Muerte eran tus heraldos... y este clamor: ¡Hombres de Manipur, armaos, un dios invade vuestra tierra! -un dios sin duda encolerizado y fatal, pues su arco enorme suena como el quebrantarse de los mundos y sus flechas infalibles caen como la nevisca del destino cuando la gran Serpiente, airada, despierta. Tras el grito, tu violenta hostil llegada, tu carro maculado por el fango y por la sangre, astillado su techo y desgarrado, tus corceles blancos de la espuma de las leguas, pero relinchando aún anhelantes de carrera y de batalla. Y en el carruaje, tu figura grandiosa, la más potente de las torres. Brillaba la victoria en tus ojos, donde tiene la guarida el trueno junto a su padre, el rayo. Veloces para las armas, mis guerreros saltaron, desanimados pero leales, para rodearme con cerco de acero. Rabiosos, tus corceles con viento herrados entraron, una tormenta, en la ancha sala de piedra; allí, ruidosos, se detuvieron mientras el atronador desafío de sus cascos piafantes invadía el espacio. Con sonido de metal, saltaste al suelo, Arjuna, sujeto tu arco Gandiva en tu mano valiente. Entonces, miré tu rostro. Y me alcé. Y extendí mis brazos sin preguntarme qué dios me empujaba de mi trono. Pero había una guerra entre aquellos ojos repentinos y los míos. Uno, el más audaz entre sus salvajes pares, se adelantó increpándote:

`¿Quién eres tú que vienes con reto insolente? ¿De qué tierras de inmortales dioses llegas como huracán con ruedas exultantes a las que no se les había concedido entrar en los dominios de la blanca Chitrangada? No se apresuran tanto a la muerte los hombres, señor de los arios'.

Héroe, tu mirada era calma mas formidable, sereno tu hablar no estorbado por la cólera:

`Y a la muerte ciertamente me apresuro, pero no a la mía. Y no penséis que la Muerte me ha llamado porque yo solo os enfrento. Preguntad a los miles que, pálidos, a pesar de sus pies veloces no escaparon de mis golpes. Preguntad a vuestros jefes famosos, fríos en el páramo o en las cumbres, sobre mi ruta fatal. Y, sin embargo, no para luchar busqué estas regiones ni vine a ellas equipado por la muerte, oh gentes inhóspitas que negáis el vínculo humano, sino como hombre que a los hombres, sin necesidad ni miedo, acude... si pudiese sentir miedo aún. No han anunciado las trompetas mi llegada ni batallones reforzados con acero. Soy alguien que sólo pide lo que pedir permite el común lazo de los hombres'.

Sentí tu rostro como la inmensa luna que arrastra las mareas, tal era la atracción que ejerciste sobre mí. Entonces, un murmullo cruzó la silenciosa asamblea, un impulso poderoso, y, con gritos, a tu alrededor mis fuertes nobles bárbaros se apiñaron ofreciéndote feroz homenaje. Quedé sola, abandonada a un triste deleite herido, amando tu gloria como un joven guerrero vencido por el héroe a quien admira. Luego, tú cogiste mi mano y descendí del encumbrado trono antiguo. Y vacilante te seguí con dóciles ojos sumisos".

Y Arjuna potente:

“Amada, ¿no es preferible que una mujer goce con su señor que gobernar a tantos fieros reyes? ¿No prefieres tu cuerpo despertado por mis besos que aquellos miembros virginales y dormidos? ¿Cómo soñar con la felicidad y el amor sin sufrir sus consecuencias? Piensa mejor que tu joven pasión florecerá cálida y enriquecida y se transformará cuando, con el callado milagro de un parto tocando tus dulces ojos jóvenes, alces hacia mí, vuelto de la batalla solemne a tus brazos, una criatura tuya y mía”.

Y ella respondió con suave sollozo:

“¡Quisieralo Dios! Pero porque te amo sé que no soy parte de tus días espléndidos; sólo un pecho en el que reposas antes de la batalla, un rostro que amaste y pasó. ¡Héroe, toma tu arco!; Guerrero, levanta! Parte con tu misión luminosa. Tú, elegido entre los espíritus poderosos, no puedes renunciar por un gozo transitorio ni a la angustia ni a la corona. Seré testigo de tus lejanas pompas... y no del todo sola, sino como esos pastores que reposando bajo las hojas en calma ven pasar magníficas las huestes, ven los caballos de agudo relincho, los veloces carros y la marcha de los hombres, oyen el clamor de las caracolas de guerra, y se atreven a mirar en los ojos ardientes de los reyes. Y acaso una ola de tu imponente destino te devuelva a estas costas -o acaso nada importa- y en el ir y volver de las cosas cojamos nuestras manos como en otros tiempos, aunque ya otros, y en los ojos de los que seamos intentemos hallar antiguos resplandores olvidados y sepultadas honduras de amor”.

Calló.

Y Arjuna, por un instante, contempló Aryavertha la vasta como un mapa extendido a sus pies, ríos y cimas invasoras del empíreo y ciudades antiguas como sus cielos; luego, tornó a sí mismo y apretando a Chitrangada contra su pecho con fuerza y calma respondió:

“Podría ser; sin embargo, oh mujer, oh deleite, recuerda el regocijo. Las flores mueren, amada, para vivir otra vez; por eso, atrapa el amor, no olvides el florecer de tu vida en el amor. El regio progreso del alma que modela el destino es ayudado por la más frágil de las flores, si crece en la franqueza. Por eso, la misión de la mujer es casi divina... la de aquella que se atiene a un solo camino y como las fijas órbitas de los planetas inmortales es constante a sí misma en quien ella ha elegido para el amor. Aunque el destino me reclame, no en vano te habré querido, joven virgen de las cumbres, y enlazado tus pies con besos. Aunque mi alma se aventure lejos como estrella que recorre el vacío, -y éste es el hado de nuestro espíritu, un vagar eterno en busca de radiantes porciones de nosotros mismos que, una vez halladas, el corazón fuerte ama hasta su fin. No abandones nada de lo que fue atrapado, quien al destino se rinde, al destino o a la flaqueza, pierde la gran conquista; te he sembrado en mi corazón, oh belleza tierna, y no te perderé. Aunque los años nos separen y el lento multiplicarse de los pensamientos cubra la paz y la sumerja de la dulce alma mutua, el gozo antiguo vivirá -como en su túmulo Valmiky, el sabio sepultado y en olvido- murmurando el nombre. No perdamos, mi princesa, un sólo instante de amor, no sea que vivamos para arrepentirnos de su derroche. El destino que una vez unió puede cuando quiera separar, pero no conseguirá despojarnos de la suave dulzura de estos besos de fuego”.

Así la abrazó, anegándola en el gozo.

Así, aquella vez, la sombra pasó y la felicidad olvidó que tenía un fin.

Pero una pálida mañana Chitrangada se alzó triste y descendió a las cuadras a través de la plaza gris y callada. Con sus pequeñas torpes manos unció los corceles de Arjuna al carro. Persuadiéndolos, les hizo morder el bocado entre relinchos, fijó las correas, ajustó las riendas, y condujo al triste patio oscuro, trotando, a los potros. Y allí, con extraña mirada profunda de amor y de odio, acariciándolos, quebrada en sus contenidas lágrimas, les dijo:

“Aquí trajisteis a quien ahora os llevaréis, oh caballos uncidos al carruaje del destino. ¿Cuántas veces más nos engañaréis sacudiendo poderosas vuestras melenas y pisando fuerte los corazones de las hembras con cascos como truenos hacia el combate? Mas acaso vuestra prole lo traiga aquí de nuevo... cuando mi edad revele anciana plata”.

Y ahora Arjuna llegó. Su paso armado y metálico retumbó en el corazón de la niña. Una llama era su lóriga hacia los cielos fríos y su figura heroica era pariente de los montes circundantes.

En el rostro de mármol y en los ojos augustos, la luz de un destino tremendo había amanecido como aurora brutal.

Sereno el cuerpo de la princesa, mas tembloroso.

Él la tomó contra su pecho y sin palabra, bajo la mirada de los inmóviles cielos, besó sus labios grises... y subió al carro.

Y ahora ella no lloró, silenciosa aceptó y devolvió el beso.

Y el partió.

Tronaron las grandes ruedas sobre las piedras del ancho patio y el eco colmó el aire con triunfo de clamor guerrero. Afuera, los nobles de la nación, expectantes, vieron emerger el carro y se inclinaron ante su rey. No dijeron una palabra, mas austeros contemplaron y quietos, con una niebla fugaz sobre sus salvajes ojos severos, su marchar... como hombres que en la oscuridad ven desaparecer una luz que les serenó durante una hora. Luego volvieron camino de sus casas.

Mas Chitrangada aguardó hasta que cesó el último trueno y en una cumbre lejana el estandarte de Arjuna ondeó en la brisa antes de sumergirse en el vasto horizonte.

Entonces, sola, entró en su cámara.